

La
suerte
del
olvido



Alondra
Badano Gaona

Alondra Badano Gaona

LA SUERTE DEL OLVIDO

*...la crueldad de la memoria se manifiesta
recordando lo que se ha
desvanecido en el olvido...*

NAGUIB MAHFUZ

*...la vía para huir del provincianismo
no está en huir del campo, sino en identificarse
hasta el final con ese sentimiento.*

ORHAM PAMUK

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO. EL OLVIDO RECURRENTE DE ALONDRA BADANO GAONA. UN COMENTARIO ANSIOSO SOBRE UNA NOVELA IMPRESCINDIBLE <i>Josefina Toledo Benedit</i> | 11 |
| UNO <i>el ballet</i> | 15 |
| DOS <i>el sótano</i> | 25 |
| TRES <i>el cogollo repollo</i> | 31 |
| CUATRO <i>el sueño</i> | 39 |
| CINCO <i>la perrera</i> | 45 |
| SEIS <i>hiperbólico</i> | 51 |
| SIETE <i>qué hostia</i> | 57 |
| OCHO <i>bien sûr</i> | 65 |
| NUEVE <i>María o Alondra de verdad</i> | 75 |
| DIEZ <i>morados y grises</i> | 85 |
| ONCE <i>Malvín</i> | 93 |
| DOCE <i>la Piba Tornillo</i> | 99 |
| TRECE <i>mamá</i> | 107 |
| CATORCE <i>Ángel 1</i> | 111 |
| QUINCE <i>Ángel 2</i> | 117 |
| DIECISÉIS <i>Cartucho, Logaritmo y Amelia</i> | 121 |
| DIECISIETE <i>Cartucho 2</i> | 129 |
| DIECIOCHO <i>famosos 1</i> | 133 |
| DIECINUEVE <i>famosos 2</i> | 137 |
| VEINTE <i>fiestas patrias</i> | 141 |
| VEINTIUNO <i>la bocca della Verità</i> | 145 |
| VEINTIDÓS <i>La Habana</i> | 151 |
| VEINTITRÉS <i>gira gira</i> | 157 |
| VEINTICUATRO <i>epílogo</i> | 161 |

EL OLVIDO RECURRENTE DE ALONDRA BADANO GAONA.

Un comentario ansioso sobre una novela imprescindible

En tiempos lacerados por utopías perdidas y sueños extraviados, la novela autobiográfica de esta autora deja acaso la única seguridad absoluta de la humanidad postmoderna: «nada está fijo en el pasado ni nada es seguro en el presente. Hay que hacer de aquella historia una historia de antes, magia ambigua entre códigos de tiempos distintos».

La novela es autobiográfica, pero colectiva. Es regional y local, pero dolorosamente universal. Antinomias solo aparentes que obligan a devorar la novela tan pronto nos aventuramos a su lectura. Alondra Badano Gaona nos aclara que María, el personaje protagónico, «es el *alter ego* con el que me he travestido en otros relatos». Junto al personaje de María se incorporan otros que van evocando el entorno y dibujando sus especiales psicologías. *La suerte del olvido* es también un canto a la libertad, a la individualidad, a la diversidad evidente en la naturaleza, a la tolerancia, y a la aceptación de la diferencia del otro para mejorar la sociedad y hacerla más armónica. Todos los seres vivos que se van incorporando como personajes tienen su identidad propia. Incluso las mascotas revelan su personalidad. No es igual el perro Bobby, cazado por el vehículo de la perrera gracias a «una simple distracción, propia de los perros geniales», que el siguiente, Cartucho; ni el último, a quien llaman Logaritmo, o Logo, un doberman loco, según el personaje del padre médico.

En *La suerte del olvido* la estructura narrativa es de engañosa simpleza. Los relatos se enumeran uno, dos, tres, etc., seguidos de un breve subtítulo con el que la escritora enrumba mínimamente al lector. Entre los recursos literarios empleados, sobresalen la finísima ironía, el humor que parece acercarse a la tonalidad gris, sin llegar a ser negro, y la inteligente inducción para atrapar la complicidad del lector y conducirlo por su senda de agnosticismo respetuoso. Poseedora de un libérrimo albedrío, la novela respira Libertad; así, con mayúscula. Libertad física y espiritual, genética e inconcusa.

En el capítulo dos, subtítulo *el sótano*, Badano Gaona evoca el entorno de los juegos infantiles y el ambiente de barrio de clase media, de burguesía señorial, culta y conservadora de sus tradiciones. Es en ese espacio de los años felices de la niñez, donde el personaje de Olguita cobra un valor contrastante, como el anverso y el reverso de una medalla, en relación con María. La novelista reproduce, con magistral dominio, el punto de vista infantil de estas dos inteligentes niñas, capaces de percibir que algo no anda bien, pero incapaces de hacer preguntas.

En el tercer capítulo, *el cogollo repollo*, y en buena parte de los siguientes, vemos a María transitar de la niñez a la adolescencia, cuando la familia tiene que esconderse, mudarse y finalmente salir al exilio, para que el papá no sea encarcelado. En las páginas subsiguientes entramos de lleno en la adultez de María y de Olguita, a partir de la menstruación y las primeras apetencias de *¡Alondra de verdad!*, que transitan rápidamente de lo sensorial a lo sexual al seguir los impulsos de su cuerpo joven y estrenarse con Edgardo, un apuesto jugador de básquetbol profesional. «Nos íbamos a hacer el amor hasta la madrugada, los viernes y sábados. Ello carecía de todo sesgo poético: [...] lo descarté *ipso facto*, [...] le pedí perdón a mi amiga Olguita cuando se lo quité, [...] ya que él había sido primero su novio, pero luego fue el mío y más tarde lo abandoné por su amigo íntimo». María es una mujer libre que escoge por sí misma sus amantes, que vulnera la tradición impuesta de que la familia, el hombre –o ambos en contubernio– escojan el marido sin consultar gustos o preferencias. Se reconoce, además, un tem-

peramento neurótico, que se ratifica en algunos de los siguientes capítulos, con el icónico traje, de color lila y arabescos amarillos, que adquiere en Londres durante su exilio como estudiante de arquitectura. «Era mi atuendo lila un resguardo contra el mal de ojo, una mascota silenciosa».

En la recta final de la novela, la escritora vuelve sobre su mirada, ya madurada en la experiencia de una vida rica en experiencias azarasas. Recuerda al barrio y a la familia. La evocación ya sosegada parece reconocer, o equilibrar, que acaso lo que en su juventud había asumido como el exceso del despertar de sus jóvenes hormonas, pudo haber sido en realidad una primera frustración amorosa: «...el chico era la promesa futbolística del barrio. [...] Pero ella, la gordita, me lo quitó, y generó un rencor que hasta hoy no perdona semejante traición. [...] Yo me fui a desahogar con un llanto imparable sobre mi teclado de piano».

Con la misma verosimilitud, Badano Gaona relata el posterior encarcelamiento de María, por subversiva y revolucionaria, y las torturas a las que es sometida estando embarazada de su hija Laura. «Nada está fijo en el pasado ni nada es seguro en el presente», afirma la escritora en el epílogo de esta apasionante novela, que el lector devorará con gusto si me acepta el reto que le hago desde estas líneas apresuradas, deslumbrada por la lectura de toda una madrugada.

Josefina Toledo Bedit

Doctora en Ciencias Históricas. Investigadora y profesora titular del Seminario San Carlos y San Ambrosio de La Habana. Narradora y poeta. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac)

La Habana, miércoles 4 de enero de 2017.

UNO *el ballet*

María asistió a la clausura del curso anual de la Escuela Nacional de Danza y recordó, mirando el espectáculo juvenil, la época en que sus hijas eran pequeñas y hacían las mismas presentaciones cada año, poco antes de las intensas actividades que acompañan la llegada de la Navidad.

Fechas y acontecimientos se agolpaban en su memoria y el solo recuerdo elevaba su presión arterial, agobiada por el intenso ritmo de la ciudad y la angustia que le provocaba tener que ir de compras en esa época.

Estas visiones se le aparecían aún más torturantes si se concentraba en el 8 de diciembre, que era el día de las madres y coincidía con el festejo de la virgen María en su versión de la Inmaculada. En medio del jolgorio era difícil zafarse de otra ardua tarea: cocinar para toda la familia con el propósito de autofestejarse.

En su ciudad natal, el 8 de diciembre marcaba la llegada del verano y ella bajaba feliz la escalera de su casa que desembocaba directamente en la playa, luego de cruzar la Rambla. Todo su cuerpo iba expuesto al sol protegido solo por un bikini rojo. Era el día de las playas y los jóvenes inauguraban los baños de mar, recibiendo directamente la arena y el sol en sus carnes duras y musculosas y en unos cuerpos que se tostarían durante el mes de enero hasta lograr el color cobrizo para sortear el desvitaminizado invierno. Buena

creencia de las mujeres mayores: «cuanto más sol y aire se tome en el verano, más se ahuyentarán los catarros del invierno».

En estas y otras leyendas femeninas de su familia, la mujer había bebido un legado que marcó toda su vida y que esperaba transmitir a sus hijas, para que fueran también mujeres de la oralidad.

María estaba detenida en esos lejanos recuerdos náuticos del 8 de diciembre de su juventud, mientras miraba la función en la que bailaban las hijas de su amiga Olguita. Se tocaba los senos, solo para comprobar lo que ya sabía: estos no tenían la dureza del año en que estrenó su bikini rojo.

Derivadas de estas pulsiones llamaron su atención las chicas que tenían unos potos duros y exuberantes y se les extendían en golosas curvas, más allá de sus prominentes caderas. Tanta redondez dejaba parados los tiesos tutús, empinados hacia arriba de la cintura, en un efecto distinto del que producían los tutús en otras niñas, menos desarrolladas, y a las que les caían las faldas hacia abajo, livianas y seductoras. Por el contrario, los trajes de la regordetas se elevaban irreverentes e hirsutos, como tentáculos de insectos asustados, produciendo una sensación extraña de enervamiento en todo el cuerpo. La distorsión entre la tersura de las carnes y los trajes escayolados producía un inquietante desconcierto que María presentía desde su asiento y le provocaba una tos seca, que es el efecto preciso del aburrimiento en las plateas.

Teniendo en cuenta, además, que sin lentes no veía bien de lejos, las figuras femeninas le resultaban un tanto vanguardistas, por las desproporciones entre los volúmenes y los movimientos de los tules, independientes de la coreografía. Un ritmo confuso reinaba en toda la danza. Como en un cuadro expresionista, los márgenes de las figuras se diluían en el aire y manchas irregulares se desplazaban sobre el escenario.

Con esa imagen en su cabeza, María se entretuvo observando la función y palpando el peso de su seno derecho, el que tenía que acomodar a cada rato para colocarlo justo en el hueco del sostén, porque se le salía.

—Esas niñas bailan como si jugaran y el *Cascanueces*, que nunca llegarán a entender, les sabe a risa perpetua —dijo para sí en voz baja.

Algunas coristas añadían a esos graciosos movimientos un modo ingenuo de presentarse en el escenario, divirtiéndose desfachatadas con toda precocidad e inocencia, mientras que otras lo hacían con aires circunspectos y con la rigidez propia de quien no disfruta lo que hace y se nota, ya que el estrés sobrepasaba el nivel de autoexigencia y así no se puede reconocer ningún logro, por mínimo que sea.

María se consoló; algo interesante y divertido encontraba en sus observaciones de domingo. Sus pensamientos la entretenían, fija en su butaca, aunque también pensaba que esas tardes culturales eran un coñazo y que mejor estaría en su casa leyendo un libro. De imaginarlo y con la proximidad del 8 de diciembre en su cabeza, la mujer saboreaba las páginas escritas por algún autor que transita por el jardín de su hogar y es acariciado por sus gatos, mientras espera que su esposa le ofrezca solícita el desayuno, ya que ellos no pueden preparárselo porque tienen que escribir. Seguro que la compañera de turno del famoso le serviría los tomates cosechados por ella misma en la huerta casera y él haría una página literaria de ello, llamada *Los rojos*, metáfora en apariencia subversiva pero que solo se refiere a los inocentes vegetales de su autobiografía.

— ¡Ah! —pensaba María en esa evasión literaria—. ¡Qué bien! ¡Cómo se consiguen los escritores estas mujeres tan bibliotecólogas, culinarias y glamorosas! ¡Tan distintas de las raras sobre las que escriben!

—Lo mismo les pasó a mis hijas —interrumpió su amiga, quien sentada a su izquierda permanecía en silencio, al punto que María había llegado a olvidar su presencia. Sin querer, Olga sacó a María de los tomates y los tules, y ella ya no supo a qué se refería con lo de «les pasó a mis hijas». Tampoco se lo pudo preguntar, porque era de mala educación hablar en el momento preciso del solo de puntas de las bailarinas. Pero Olga continuó, porque era muy mal educada.

—Un día —dijo—, llegaron las niñas llorando por el maltrato sistemático de la maestra de ballet y yo, renegando de las incomprendiciones del aprendizaje decidí: no van a practicar más «esa cosa». Fue lo que consideré apropiado para el momento, ya que mi filosofía de vida me decía que se ejerce una disciplina si se la ama y no por el implante riguroso y a carbón caliente de marcarles en los tobillos a las hijas una vocación que no tienen.

—Aunque mi marido —continuaba sin sacar los ojos del escenario— insiste en que deben practicar danza para que se les forme el culo apretado y sea más fácil casarlas. No veo la diferencia con otras culturas que les ponen aretes en las narices a las mujeres porque se considera una virtud estética y así están sabrosamente apetecibles para un marido africano.

Una vez que María entendió el hilo de los pensamientos de Olga, coincidió con ella en lo de los africanos, aunque consideraba impropio el momento de la cita geográfica. También asentía que la educación corporal del ballet era un calvario para unas niñas a las que sus tutoras victorianas deseaban ver como Ulanovas potenciales.

—Qué no, le dije a mi marido —insistía enojadísima Olga, interrumpiendo otra vez—. Que algunas llegarán a ser primeras figuras, pero eso no nace del maltrato físico y psicológico, sino con el tiempo y la paciencia. ¡Cuántas vocaciones frustradas por mostrar la disciplina como inaccesible! —Y seguía...

— ¡Que no van más!, joder —dije—. Que si de niñas van a ser infelices... ¿Qué les espera más adelante? ¡Por Dios!

Seguro que Olga tenía muchos más argumentos en contra del ballet, pero tuvo que callarse porque una madre de la fila de adelante se viró hacia atrás y le envió un largo reproche con la mirada, en un silencio denso y cargado de un significado que incluía, era clarito aunque no las pronunciara, malas palabras.

Las maestras de ballet habían tenido esa fama de jodidas. Con la experiencia de sus hijas, ambas amigas iban más allá: esas, estas o aquellas maestras, las de sus hijas y las de las hijas de otras madres que Olga creía representar, habían resultado horribles.

—En general feas —añadió María, apropiándose del discurso y olvidándose de la señora del asiento de adelante y de la educación que mostrara anteriormente al no hablar en voz alta durante la función—. Con los años, esas brujas quedan con un rictus amargo en el rostro de tanto darle a la punta y por el *pas de deux* o de *quatre* que no llegan a bailar cuando jóvenes. ¡Se enquistan en el recogido apergaminado de una cirugía plástica mal hecha! —sentenció.

— ¡Eso mismo! —dijo Olga muy bajito, ya que no quería hablar más.

Exactamente eso le diría a la directora del plantel cuando sacara del curso a su hija y se retirara, tirando con un golpe seco la puerta del salón de ensayo. Lo tenía decidido. Confiscaría además los tutús que le habían hecho comprar para las presentaciones y los entrenamientos.

¡Buen argumento!, pensaron ambas. ¡Lo pondremos en práctica mañana mismo! Y continuaron satisfechas mirando la función.

Por esos y otros motivos María también había dejado de ir al ballet, que fue su inclinación de niña y que ejercitó hasta la cumbre y no más, cuando fue elegida para bailar El lago de los cisnes en las presentaciones que Alicia Alonso hizo en su ciudad natal.

—Había sido un acontecimiento (con perdón de la Alonso) parecido al de un circo que al llegar a un pueblo alborota el colectivo —contaba María ya fuera del teatro.

Un día llegó un grupo de señores extranjeros a la escuela de danzas donde yo estudiaba, muy encorbatados ellos, y presenciaron las clases de la profesora Violeta López Lomba, grande por su talento y su apellido, y la única maestra que me había caído siempre bien. Cuando decíamos su nombre, Violeta López Lomba, se nos inflaba la boca, se nos enredaba la lengua y la gente que nos escuchaba asombrada, solo atinaba a decir: «¡ah, ah, ah...!»

«¡Ah, ah, ah...! ¡Ustedes son las niñas del ballet de la Violeta!».

Entre los señores y la maestra escogieron un grupo de alumnas y yo quedé entre ellas; «éramos las mejores», dijeron. De allí, pasé a la eternidad, no porque mi carrera danzaría continuara en alza sino porque los vecinos del barrio me instauraron como heroína

balletística, gracias a los comentarios insidiosos de mi hermano. Esa temprana gloria, precisamente, aplastó la continuidad de mis estudios y mi futuro famoso.

¡Qué más iba a hacer de mi vida si ya a los nueve años había bailado con Alicia Alonso en aquel teatro a la italiana, con dorados colgando de los balcones y terciopelos rojos en los asientos! ¡Qué más iba a sentir si ya a tan corta edad las luces se encendían sobre mi cuerpecito y me encandilaban al punto de no ver los colores de la platea, confundiendo tonos violetas con amarillos! ¡Qué sensación más impactante me esperaba que aquella piel de gallina en las ovaciones finales, cuando no nos dejaban regresar a los camerinos, ya que teníamos que adelantarnos a la boca del escenario y saludar una y otra vez, entregadas a un público frenético y gritón de «bravo, bravo, bravo»...!

Y aún más, la sensación máxima... la proximidad de ¡Ella, La Primerísima!, Alicia, con sus brillos, su talle erguido, controlándolo todo desde aquel trono de reina de El lago de los cisnes.

Nosotras, las niñas de relleno, la espiábamos vestirse y ponerse las zapatillas con sus cintas y sus tiaras, mientras giraban a su alrededor bailarines que acomodaban todos los trastos, los ponían en distintos lugares, los guardaban en baúles y los volvían a sacar. A veces eran muebles de la escenografía —que si era el castillo o el lago—, sillas, nubes, floripondios, artificios, etc. Luego, sin más, los que hacían de changadores se daban media vuelta y saltaban en el aire y ajustaban una pirueta o hacían un *battement frappé*... y... adentro... ¡Entraban y salían de escena!

¡Eran los mismos!, Olguita... ¡Eran los mismos! ¡Bailarines y changadores! —repetía María con mucha emoción. Y continuaba su relato atropellado.

Volvían entonces en una *échapée* a acarrear paredes, plumas, alambres y armatostes horribles que asustaban en la oscuridad. Nosotras permanecíamos asombradas, entre bambalinas y siempre mal paradas en los lugares incorrectos, en *plié* cuando era *demiplié*. Éramos bultos inútiles en medio del trájín, éramos las niñas de la corte, o sea, nada, los pajecitos que llevábamos unos almohadones que nos

entregaban ellos en nuestras manos, los changadores-bailarines, en medio de las piruetas y entre las salidas y entradas por las patas de los cortinados. Ellos nunca se confundían, ni cuando saltaban con la música e iban hacia el escenario a bailar, ni cuando nos daban los almohadoncitos y acomodaban la escenografía. A veces nos tocaban unos rojos, a veces verdes, pero eso, —nos cuchicheaban al oído frente a nuestros reclamos— eso no importa.

La Primerísima, Alicia, salía directamente del camerino a su parte en la coreografía y luego volvía rápido a su recámara, ni miraba a los pajecitos, que al fin y al cabo algo importábamos: ¡éramos su séquito! Hacía lo mismo con todos y ni se detenía ante los de la comparsa. Eso nos consolaba. Ella solo entraba y salía de su cueva, siempre perfecta, siempre impecable, en su burbuja aparte, con el cuello estiradísimo, los ojos exageradamente pintados de negro... y en absoluto silencio.

Todos los demás sudaban y se les chorreaba el maquillaje. Saltaban, cargaban, nos quitaban o nos daban los almohadones, pero ella no: era... La Primerísima.

¿Qué te parece, Olga? —interrogaba retóricamente María, sin darle tiempo a la otra de intercalar aunque fuera un suspiro.

Yo pensaba que «La Primerísima» quizás sería la posición antes de La Primera, o sea un cero, antes del uno, pero no... era mucho más que un cero, era un montón de ceros pero a la derecha y por eso tenían que trastear los bailarines todos los objetos en el minuto justo que bajaba el telón y finalizaba la música, mientras ejecutaban los pasos que necesitaban para no enfriarse: *relevés*, *attitudes*, *pirouettes*... etc. Al levantar el telón rojo aterciopelado que cerraba la boca del escenario, todo debía ser distinto: cambiaba la escena y se anunciaba otra partitura, con unos ruidos sordos y gruesos que provenían de la obertura de la orquesta y que despertaban a cualquier somnoliento de las butacas.

Una noche —continuaba María a Olguita quien permanecía absorta ante semejante relato— yo me acalabré en la rápida cerrada del telón. No pude salir del escenario y permanecí sentada en cuclillas, a oscuras, en el mismo sitio donde me había colocado

en la escena anterior. Al abrir el telón, yo todavía estaba inmóvil al lado de lo que había sido un trono, pero en la escena que venía a continuación era un árbol, porque los bailarines-changadores habían cambiado el decorado en el apagón. En la escenografía de la nueva escena venía la parte de los cisnes en la noche y yo no pegaba, estaba aún vestida de paje de castillo. Miraba para las patas de los cortinados, desde donde se ven los corredores que conectan la escena con la contra escena. Hacía señas para que me vinieran a buscar; ya las luces se habían encendido y yo permanecía estática frente al público. Todos pudieron ver a un paje de castillo en una dramática escena del bosque, inmóvil y mirando para ambos lados buscando auxilio. La visión de los espectadores no se engañaba y se prestaba a confusión para un público que se preguntaba: — ¿habrán cambiado de ballet y será este el de los siete enanitos?

Permanecí sentada porque estaba tiesa y no podía moverme por causa del dolor insistente provocado por el calambre. Cada vez me sentía más nerviosa ante el avance de la música que se había iniciado. El telón estaba completamente abierto, el director de la orquesta había dado la orden para los primeros acordes con su batuta porque veía el telón despejado desde el foso, pero no podía verme a mí, agachadita, minúscula al lado de un árbol. La evidencia provocó ciertos rumores en la sala. Algo, o sea yo, estaba fuera de lugar y se notaba, todos se habían dado cuenta, menos el director de la orquesta que agitaba su fortísima pasión por la música. Todavía recuerdo el rictus de la Alonso al descubrirme desde las patas de adentro. Hizo una mueca de asco y terror, el único gesto que le conocí fuera del de Nefertiti, mientras se concentraba para entrar, ya que ella daba paso a todo el movimiento coreográfico posterior, pero no podía iniciarlo porque yo me le interponía. El planeta se había detenido y todas sus moléculas permanecían en suspenso menos la música que avanzaba impetuosa, evidenciando aún más que cuando todo se para en seco... *e pur si muove*, como dijo alguien.

Otro alguien —nunca lo supe y fue mejor para no tener que confrontarlo con mi vergüenza— apareció entre tanta magia, cas-

tillos, bosques y luces de colores. En un salto mortal con pirueta y malabarismos llegó hasta mí, me alzó en sus brazos como quien coge la antorcha de la libertad y triunfal me sacó del escenario, en aquel memorable instante de mi infancia en que no actuaban los pajes y yo sobraba, porque era la hora del crepúsculo y había unos espejos y todo era azul, negro y plateado, un poco lúgubre porque se trataba de la transformación de los cisnes y venía el cisne negro, tan negro como mi suerte de ese día en que fui primera figura del ballet de Alicia Alonso, no por mis dotes artísticas sino por la evidencia de mi bochorno del que me sacó un primer bailarín, un príncipe, un sapo, no sé... ni me importó.

Así superé la sentada en cuclillas en medio del ballet de Chaikovski, con mi traje de colores ardientes y con el almohadoncito verde que pertenecía a la escenografía del castillo, que era de día y no pegaba ni en la segunda que era de noche.

Fue cuando comprendí —seguía María ya sin aliento— que mi carrera de bailarina había empezado y terminado al mismo tiempo por varias razones. La primera, por el relato que hacía mi hermano en el barrio, de casa en casa, explicándoles a los vecinos que yo me había quedado paralítica en escena y que de bailar nada, porque me tuvieron que sacar en brazos con una tremenda inmovilidad en las piernas. La otra razón, un tanto más íntima, pero que yo reservaba para mis adentros y que no me animaba a confesar por respeto a Chaikovski: la vida del ballet me había parecido un plomo, a no ser que fueras La Primerísima.

Sentía además compasión por esos pobres faunos que formaban parte de la compañía. Estaban siempre al borde de la histeria con todo lo que tenían que hacer: bailar, clavar, organizar, limpiar, planchar, sacar a las niñas del escenario. Durante el espectáculo corrían de aquí para allá. Sufrían un verdadero pandemio detrás de los cortinados, se chocaban unos contra otros, se decían todo tipo de improperios, intentando ver quien se ponía primero en la cola del cuadradito de madera con arena, (eso que tienen para fregar las zapatillas con no sé qué polvo que sirve para no resbalarse).

En el cuadradito ese, chiquito, siempre andan puteando y... pensaba yo ¡Ese cuadradito de polvo, pobre, lo que tiene que soportar!

— ¡Lo mismo que soportamos nosotras! —interrumpió Olga al fin, saliendo del sopor—. ¡Y eso que yo bailaba español, no ballet! —logró agregar.

—Creo que mi padre suspiró aliviado cuando decidí dejar el ballet —continuó María sin hacer caso de las apreciaciones de Olga—. Había dicho que yo no tenía salud para esa disciplina por mi asma y mis alergias. ¡Si hubiera sabido que todo se me iba a curar en la cárcel, quizás me hubiera dejado bailar no solo con Alicia Alonso, sino con la mismísima Maya Plisetskaya, quien, en persona, visitó mi casa cuando vino a atenderse con papá y se quedó agradecidísima, porque papá era muy guapo y muy culto. ¡Durante años ella le mandó tarjetas de saludos!

Lo que sí fue cierto, fue que mi hermano me tiró la profesión de bailarina al piso, porque insistía en decir que todo mi baile con Alicia Alonso se había reducido a dos pataletas. La primera, porque quería bailar con la compañía y la segunda, porque no quería bailar, ya que me acalabraba en la parte del castillo que duraba todo un acto.

Total... al año siguiente no me matricularon en la escuela de Violeta López Lomba. La maestra era tan famosa que nunca iba y las clases las dictaban las ayudantes. Luego nos enteramos de que padecía de cáncer de seno. Tenía una cabellera larga rubia rubia y era flaca flaca, andaba siempre con un novio joven joven y muy bien vestida, porque era una famosa de clase alta y mucho dinero. Murió prematuramente y todas sus alumnas fuimos al entierro. Yo lloré, porque ella era aristocrática, de caché... pero buena. Era también bonita, hasta se le notaban los ojos vivaces cuando se quedó calva. Además, me había elegido personalmente para bailar en el acto del castillo con Alicia que —según me confesó una tarde en que fui a verla al hospital— era su amiga, aunque yo no vi a La Primerísima en su entierro.

La suerte del olvido

Ganadora del premio Onetti de literatura en 2011, *La suerte del olvido* es la autobiografía de una mujer que, gracias a su fuerte espíritu, sobrevivió a la dictadura militar uruguaya con su sentido de identidad intacto. Desde la intimidad de sus sentimientos, la autora revive sus primeros años de vida en Malvín, el barrio de Montevideo donde creció, mientras reflexiona sobre todas las personas y los sucesos que no ha podido olvidar y cuyos recuerdos la acompañaron en su recorrido desde el exilio hacia la madurez femenina y, por ende, hacia su libertad.

gnomon

